

Como Niños en Todas Partes

Samantha Smith

Maine

Samantha Smith era una niña normal de diez años de Manchester, Maine. Le gustaba posponer sus deberes, andar en bicicleta y tener fiestas de pijamas con amigos. Pero acostada en la cama por la noche, tenía pesadillas sobre la guerra nuclear.

Las historias que escuchó en la televisión y las discusiones en su salón de clases de quinto grado sobre la guerra nuclear pusieron a Samantha nerviosa y asustada. Le molestaba que dos países pudieran realmente comenzar una guerra que realmente podría destruir el mundo, para que los niños nunca tuvieran la oportunidad de crecer. Como la mayoría de los niños, creía que la gente debería aprender a llevarse bien. Ella creía que Estados Unidos y la URSS tenían que hacer las paces por el bien de los niños de todo el mundo.

Una fría tarde de noviembre de 1982, Samantha pensó en lo que podía hacer. Cogió un lápiz y empezó a escribir una carta a Yuri Andropov, el líder de la Unión Soviética. Puso sellos en el sobre y le pidió a su papá que se lo enviara por correo de camino al trabajo.

Mi nombre es Samantha Smith. Tengo 10 años. Felicitaciones por su nuevo trabajo. Me ha preocupado que Rusia y Estados Unidos entren en una guerra nuclear. ¿Va a votar a favor de la guerra o no? Si no es así, dígame cómo va a ayudar a no tener una guerra. Esta pregunta no tiene que responderla, pero me gustaría que lo hiciera. ¿Por qué quiere conquistar el mundo o al menos nuestro país? Dios hizo el mundo para que lo compartamos y lo cuidemos. No pelear por, o que un grupo de personas se adueñe de todo. Por favor, hagamos lo que él quería y que todos sean felices también.

Samantha Smith

PD Por favor escriba de nuevo.

Pasaron los meses, pero en abril Samantha finalmente recibió una carta de la embajada soviética en Washington D.C. La carta era de Yuri Andropov. Llamó a Samantha "una chica valiente y honesta" y elogió su iniciativa. "Queremos la paz", escribió. "Tenemos mucho que hacer: cultivar cereales, construir, inventar, escribir libros y hacer vuelos espaciales. Queremos la paz para nosotros y para toda la gente del planeta, para nuestros niños y para usted". Añadió: "Los invito a venir a nuestro país y verlo por sí mismos. En la Unión Soviética, todos están a favor de la paz y la amistad entre los pueblos". Cerró diciendo: "El mejor momento para venir es en verano".

Samantha aceptó su invitación. Cuando viajó a la Unión Soviética ese verano, atrajo la atención de todo el mundo. Los periodistas filmaron, fotografiaron y escribieron sobre su viaje. Los adultos vieron fotos de Samantha riendo en Moscú, nadando en un campamento para niños en el Mar Negro y montando bicicletas en Leningrado. Los niños rusos de las fotos con Samantha no parecían enemigos ni monstruos; parecían niños en todas partes.

Durante su visita de dos semanas, Samantha hizo profundas amistades con algunos de esos niños. Ninguno de ellos odiaba a Estados Unidos y nadie quería la guerra. "A veces, por la noche, hablamos de paz", dijo cuando regresó a casa. "Parecía tan extraño hablar de guerra cuando todos nos llevábamos tan bien". Regresó a casa con una sola pregunta: "¿Por qué los adultos no se llevan bien, como los niños?"

Con el tiempo, Samantha se convirtió en un símbolo de paz para ambos países. Su buen humor, su cálida sonrisa y su amor por los demás fueron una inspiración para personas de todo el mundo. Ella inspiró esperanza para resolver conflictos y un nuevo comienzo para los EE. UU. Y la URSS.

En 1985, un nuevo comienzo parecía un sueño imposible. Pero el sueño de Samantha se hizo realidad. Ese año, el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, y el presidente de la URSS, Mikhail Gorbachev, firmaron un compromiso de desarme nuclear.

Los niños ya no estaban atormentados por las pesadillas de la guerra nuclear. Los niños de ambos países ahora pueden crecer pensando en los demás como amigos. Sin embargo, Samantha nunca experimentó el futuro que tanto anhelaba para todos los niños. Trágicamente, un accidente de avión se cobró la vida de Samantha y su padre justo antes de que se firmara el acuerdo de desarme nuclear. Tenía solo 13 años.

Pero como la embajadora de paz más joven de Estados Unidos, el espíritu valiente de Samantha sigue vivo. En honor a ella, su madre creó la Fundación Samantha Smith para facilitar los intercambios culturales entre ciudadanos estadounidenses y soviéticos. En 1986, veinte de los compañeros de clase de Samantha de Maine viajaron a la Unión Soviética. Visitaron el mismo campamento infantil en el Mar Negro que había visitado Samantha y conocieron a algunos de los adolescentes soviéticos que se habían hecho amigos de ella. Hasta el día de hoy, Samantha es recordada como una heroína popular en Rusia. Todos los estudiantes de quinto grado ahora leen sobre ella en un capítulo de sus libros de historia que está dedicado a su vida y su sueño de paz. Y así, la esperanza y el coraje que demostró renacen constantemente en la mente de los niños.

En 1993, 160 estudiantes de quinto grado de 71 escuelas en el condado de Pinellas de Florida lanzaron la Cumbre Samantha Smith, para discutir por qué las personas se lastiman entre sí y qué se puede hacer para detenerlo. Cuando cada estudiante entraba en el auditorio, se detenían, uno por uno, para leer la carta de Samantha a Yuri Andropov. Más de 15 grupos de todo el mundo estuvieron representados en la Cumbre: egipcios, búlgaros, iraníes, afroamericanos y estudiantes vietnamitas, entre otros. Venían de diferentes orígenes económicos. Normalmente habrían sentido que tenían poco en común. Pero en la Cumbre, dejaron de lado sus diferencias y trabajaron juntos.

Hablaron en grupos pequeños, intercambiaron ideas sobre soluciones y presentaron sus mejores ideas sobre cómo hacer un mundo más pacífico. "Hablen con sus padres para desahogarse". "Formen patrullas de barrio". "Involucren a todas las personas en las soluciones a los problemas de la comunidad". "Asignen a las personas deberes comunitarios para que aprendan a preocuparse unos por otros". "Ayuden a defender a los criminales para que puedan conseguir trabajo". ¡No podemos ignorar a nadie!". Los vítores estallaron después de que se leyó en voz

alta cada solución. Los niños aplaudieron y sonrieron a sus nuevos amigos en todo el salón, riéndose de lo fácil que era" pensar en positivo".

"Descubrimos que tenemos más en común de lo que pensamos", dijo Aubrey Angelillis, de diez años, en nombre del grupo. "Todos queremos detener la violencia y el crimen, y tratar de demostrar que los niños, no solo los adultos, pueden hacer una diferencia en el mundo".

Cuando los alumnos de quinto grado abandonaron el auditorio ese día, estaban convencidos de que tenían el poder de hacer que sus comunidades fueran mejores y más seguras. Creían que cualquier persona, grande o pequeña, ya fuera el presidente de un país enorme y poderoso, o un estudiante de quinto grado que se atreviera a hacerle algunas preguntas importantes a un presidente, podía generar un cambio.

Una carta en la puerta de la escuela, firmada "Samantha Smith" lo demostró.

Dios hizo el mundo para que vivamos juntos en paz y no luchemos.
Samantha Smith

Stone Soup Leadership Institute
www.stonesoupleadership.org
www.soup4youngworld.com